



■ Rodrigo Moreno

LA FORMACIÓN DEL REALIZADOR

Y LOS CAMINOS DEL DOCUMENTAL

Por Rodrigo Moreno del Canto

Director y Productor. Profesor Departamento de Creación Audiovisual,
Facultad de Comunicaciones, Pontificia Universidad Católica de Chile.

Así como hablamos de *ficcionar* o *ficcionalizar* la realidad, podemos hablar de *documentalizarla*. Es decir que, aun cuando la fuente de la historia esté “allá afuera”, es necesario trabajar el relato con materiales y códigos discursivos entendidos como documentales.

Estas fuentes, materiales y códigos, que no son fijos ni están predeterminados, otorgan una cualidad distintiva a ese discurso audiovisual y logran establecer una relación de verosimilitud y contundencia con el público, propia de obras definidas como documentales.

Ficcionalizar y *documentalizar* son dos caminos posibles para un *storyteller* del audiovisual. Sin embargo, he visto y escuchado a muchos directores de escuelas de cine denostando el género documental, queriendo desterrarlo de la formación de sus alumnos o relegándolo a una suerte de hermano menor de la ficción. Como apreciamos en la mayoría de las escuelas de cine, los planes de estudios ubican la enseñanza del documental antes que la de la ficción, como si se tratara de un paso previo, más fácil, o como si su lenguaje fuera más rudimentario por encontrarse anclado a “lo real”.

EL DILEMA DEL CUÁNDO

En las últimas décadas, el documental se ha instalado en el espectro cinematográfico como un género amplio, diverso y experimental. Desde la irrupción de Chris Marker se ha producido un estallido de temas, personajes, materiales, formas narrativas y estilos de documentales que, incluso, han insemñado las narrativas propias de la ficción y llevado a directores de cine tradicionalmente ligados a ella, a aventurarse en sendas obras documentales: Herzog, Scorsese y Wenders, entre otros.

Por su parte, la ficción aparece como un espacio más alfabetizado en las audiencias, lo que tal vez logra mayor cercanía con el público pero, al mismo tiempo, más estandarización en la forma de relacionarse con él; así como un espacio más normado a la hora de pensar sus materiales y códigos narrativos. Desde esta perspectiva, podría afirmarse que la formación en el lenguaje específico de la ficción debiera instruirse antes que el del documental, en cuanto es más estructurado y formal.

La ficción puede servir entonces como un apresto del lenguaje audiovisual en lo general. El documental, en cambio, como una exploración nítida del punto de vista o voz del autor, así como una experimentación de materiales, códigos narrativos y sus combinaciones posibles. Es momento entonces que las escuelas contemplen disponer el paso de estudiantes por las materias del documental como última etapa en su formación como narradores.

Si consideramos que hacer documentales compromete cierta experiencia de vida o “madurez” del realizador, más necesario resulta demorar su enseñanza a los años finales de formación.

¿SE PUEDE SER DOCUMENTALISTA SIN PASAR POR UNA ESCUELA?

Claro, pero será siempre una excepción, dejando todo en manos del mero empeño y persistencia del individuo. Más allá de aprender la práctica de *documentalizar*, la construcción de una masa crítica de documentalistas -que dialogan entre ellos, con la comunidad audiovisual y la sociedad- es la principal ventaja de las escuelas y, a su vez, el principal desafío.

Serán documentalistas aquellos que persistan y perseveren en el camino de establecer un diálogo con el público, pero también con la comunidad de documentalistas y agentes culturales de su entorno. Un documentalista debe gustar de *documentalizar* su realidad y sus relatos acerca de esa realidad. Con eso quiero decir que aquellos que persisten, son los que disfrutan del proceso, no sólo de los resultados: la práctica del documental, o mejor dicho, la práctica del documentalista.

Aún recuerdo las palabras de un destacado cineasta, que al asumir la dirección de una escuela de cine dijo: “ésta será una verdadera escuela de cine, no enseñaremos documental, ésas son escuelas de audiovisual”. Qué anacrónicas suenan sus palabras hoy.